

cura católico que pronunció un discurso en honor de la concordia.

Fue esta una esperanza vana, porque el destino habia decretado un porvenir muy distinto al Palatinado rhiniano que el de ser un templo alemán de paz. Poco despues de la inauguracion de su iglesia de la concordia, murió Carlos Luis el 28 de agosto de 1680; inmediatamente la discordia levantó otra vez su cabeza; al extinguirse la dinastía del país en 1685, se posesionó del Palatinado un soberano católico, y otros cinco años despues el incendiario y homicida general francés Melac redujo á Mannheim, la creacion favorita del elector Carlos Luis, en cenizas y la iglesia de la Concordia á escombros.

La guerra en que esto sucedió lleva el nombre de la guerra de los Orleans, de la cual tendremos que hablar mas adelante. Aquí esta guerra nos recuerda por lo pronto, despues de lo que acabamos de exponer, una conversion á la religion católica, que por la persona que la hizo y por las consecuencias trascendentales que tuvo no puede ser pasada en silencio. Es la conversion al catolicismo de la princesa palatina Isabel Carlota, con ocasion de su casamiento con el duque Felipe de Orleans (1).

Carlos Luis tuvo de su primera esposa, Carlota de Hesse, mujer poco amable, dos hijos, el primero llamado Carlos, que llegó á subir al trono electoral, y una hija llamada Isabel Carlota, ó como se llamaba en la familia Liselotte, jóven lozana, alegre é inteligente, que cuando llegó á la edad núbil dió lugar á una porcion de proyectos para colocarla. Durante algun tiempo la familia fijó su atencion en el jóven príncipe Guillermo de Orange, si bien la corte de Heidelberg habria preferido al jóven heredero del elector de Brandeburgo, llamado Carlos Emilio, recomendado á la familia por la hermana de Carlos Luis, la erudita abadesa Isabel de Herford (2). Tambien se pensó en el príncipe Casimiro de Curlandia; pero en el consejo de familia no se tomó ninguna resolusion, pues contra todos ellos no faltaron objeciones. En cuanto al príncipe de Orange, segun escribia la duquesa Sofia, se ignoraba la suerte que le era reservada; del príncipe electoral de Brandeburgo se dijo que ya estaba comprometido con otra princesa, y pasar á la Curlandia seria lo mismo que pasar á los antípodas.

Entretanto se abrió una nueva perspectiva que hizo abandonar en seguida todos los demás proyectos. En junio de 1670 murió la esposa del duque Felipe de Orleans, hermano de Luis XIV. La esperanza de conquistar al duque fué objeto de multitud de ambiciones, pero de todos los esfuerzos y proyectos triunfó la influencia y habilidad de una mujer de la casa palatina, que se aprovechó de esta ocasion para elevar á su sobrina de Heidelberg á una posicion inesperada.

Esta mujer era la princesa Ana de Gonzaga Nevers, viuda del conde palatino Eduardo, el cual mucho antes habia ingresado en la iglesia católica y habia muerto en el año 1663. En la corte de Francia esta princesa era llamada comunmente la princesa palatina, y habia sido desde el tiempo de la *Fronde* una de las mas influyentes damas políticas de la corte francesa. Recibió la noticia de la muerte de la esposa del duque Felipe de Orleans al hacer un viaje por Alema-

(1) La correspondencia de la duquesa Sofia de Hanover con su hermano Carlos Luis del Palatinado, y la de este último con su cuñada la condesa palatina Ana, publicada por Bodemann, Leipzig, 1885, nos ha revelado por primera vez la historia poco edificante de esta conversion.

(2) Aquí es menester observar el error de Bodemann que en los pasajes de la correspondencia relativos á este príncipe cree que se habla del príncipe heredero electoral Federico (I), cuando en las cartas de 1667 solo se habla del príncipe electoral Carlos Emilio que murió en el año 1674.

nia, y al parecer formó inmediatamente su plan y apresuró su regreso á Paris despues de haber comunicado su proyecto al elector Carlos Luis. Sus planes fueron bien acogidos en la corte de Francia, y en agosto de 1671 pudo notificar á Heidelberg que el asunto estaba arreglado; que el duque de Orleans estaba decidido á aceptar por esposa á la jóven princesa palatina, que el rey consentia tambien en este enlace y que solo faltaba el consentimiento del elector. En el arreglo de los contratos se mostró la corte de Francia muy fácil, porque para el hermano de Luis XIV, el opulento duque de Orleans, poca importancia tenia el dote de una pequeña princesa alemana, y el económico Carlos Luis se felicitó de que en este concepto no se le hicieran grandes exigencias (3). Era natural que este casamiento, y el parentesco estrecho con un soberano omnipotente, deslumbraran al elector palatino, que desde largo tiempo disfrutaba ya subsidios de Luis XIV, del cual se lisonjaba sacar todavía importantes ventajas políticas. Sin embargo, habia una dificultad sobre la cual la princesa palatina no dejó ninguna duda, y era que el hermano del rey cristianísimo no podia casarse con una hereje; de suerte que la realizacion del proyecto exigia como condicion indispensable el ingreso de la princesa Liselotte en la iglesia católica. Desde un principio habia dado á entender la princesa palatina que este cambio de religion era «una cosa indiferente» en la cual no debia pararse mientes, tanto menos cuanto que la iglesia reformada admitia que podia conseguirse la bienaventuranza tambien en la iglesia católica, observacion que habia decidido ya muchas conversiones.

Las negociaciones que siguieron demostraron la completa indiferencia de Carlos Luis tocante á cuestiones religiosas. El cambio de religion de su hija no excitó el menor escrúpulo, y si bien en un pasaje de sus cartas dice que debia existir tambien en la conversion hasta cierto punto la conviccion, mas adelante no habla mas de esto. Le deslumbró la brillante posicion que esperaba á su hija y la ventajosa relacion política que ofrecia incalculables ventajas, sin sospechar siquiera, al parecer, que la corte de Francia bien podia combinar por su parte con el mismo casamiento planes políticos de gran alcance. Un solo escrúpulo tuvo: como príncipe elector del Palatinado comprendia que era uno de los jefes del protestantismo alemán, y se avergonzaba de ser responsable de la apostasia de su hija ante el mundo, ante su país y ante sus correligionarios protestantes; consentia en que su hija se hiciera católica con tal que no abrazara el catolicismo mientras se hallara bajo la tutela de su padre.

La princesa mediadora, mujer práctica en todas las artes de la intriga, encontró tambien remedio para esta dificultad, proponiendo que la princesa abjurase la fe protestante en su viaje á Francia, fingiendo hacerlo sin que lo supiera su padre. Entretanto la princesa palatina habia esparcido en la alta sociedad de Paris la voz de que habia observado en sus repetidas permanencias en Heidelberg que la princesa tenia una inclinacion secreta al catolicismo.

Hecho esto, solo faltó obtener el consentimiento de Liselotte, cuyo carácter leal se manifestó en la contestacion que dió á la primera insinuacion del casamiento y á la condicion del cambio de religion. En esta contestacion dijo que sabia muy poco de la religion católica, de suerte que no podia sentir inclinacion á adoptarla; que mudar de religion por un casa-

(3) De una carta posterior de la princesa palatina se desprende el mezquino dote que dió Carlos Luis á su hija al enviarla á Francia, de cuya mezquindad aquella princesa se queja diciendo: «No tiene sino seis camisas de dormir y otras tantas para vestir, y es vergonzoso enviar una hija del elector á un hermano del rey de Francia con seis camisas.» Bodemann, pág. 471.

miento le parecia muy frívolo; pero algunos días mas tarde dijo que despues del casamiento se haria instruir en la religion católica y entonces resolveria.

No se hizo así. Segun acuerdo entre Carlos Luis y su cuñada de Paris se convino en que Chevreau, de nacionalidad francesa y desde algun tiempo secretario del elector, empezara la instruccion de la princesa en la religion católica, y á fin de no comprometer al elector se hiciese esto con el mas profundo secreto y aparentando que se hacia sin saberlo Carlos Luis. En su consecuencia recibió Liselotte las lecciones de Chevreau durante tres semanas, por espacio de cuatro horas cada dia, en un retirado aposento del castillo de Heidelberg, sin que se divulgara la noticia y aparentando siempre que se hacia á espaldas del padre.

No consta hasta qué punto estaba Liselotte en el secreto de la comedia ni si su padre ejerció presion sobre ella; lo cierto es que admitió las lecciones de Chevreau, el cual al cabo de algunas semanas pudo escribir á Paris que la princesa no le hacia ya objeciones al proyecto. Ya fuese porque la hija se sometiera á la voluntad decidida de su padre ó ya fuese que su inteligencia juvenil sucumbiera ante la hábil dialéctica del francés, el hecho era que la princesa se conformó en un todo. No hay que olvidar que Liselotte como hija de Carlos Luis se habia criado en una atmósfera de libre pensamiento, y por lo mismo no debia tener opiniones religiosas inflexibles. Al mismo tiempo la perspectiva de una situacion brillantísima en la primera corte del mundo debió de ejercer sobre la imaginacion de la jóven un atractivo seductor.

Con esto quedó vencido el último obstáculo. Carlos Luis continuó hasta lo último, de acuerdo con los agentes franceses, la indigna farsa de hacerse el ignorante, con lo cual creyó conservar ante el mundo su reputacion protestante, y en efecto nadie llegó á saber entonces que él habia accedido el primero á la conversion de su hija y que él mismo le habia presentado el maestro para instruirle en la religion católica. En octubre de 1671 acompañó á su hija á Estrasburgo, donde fué firmado con los apoderados franceses el contrato matrimonial, exigiendo la mas completa libertad de conciencia, lo cual le fué concedido. Hecho esto, entregó su hija á la custodia de su tia la princesa palatina á fin de no asistir él mismo á la abjuracion, la cual se efectuó algunos días despues por la futura duquesa de Orleans, con toda solemnidad, en la catedral de Metz, é inmediatamente despues tuvo efecto el casamiento tambien por poderes. En Chalons se reunió la princesa alemana, limpia ya de la mancha de herejía, con su esposo, que desde allí la llevó con toda la pompa real á la capital de Francia.

Aun con esto no se habian concluido la farsa ni la hipocresía; porque para que Carlos Luis se pudiera presentar como completamente inocente de la conversion de su hija, ésta le escribió desde Metz una carta, por supuesto convenida, pidiéndole perdon de la penosa sorpresa que le habia dado con su ingreso en el catolicismo, al cual solo la habia movido el deseo de atender á su salvacion eterna. Carlos Luis contestó desde Heidelberg expresando su asombro por tan inesperado suceso, al paso que ofrecia su perdon y decia que tenia el consuelo piadoso de que las verdades fundamentales del cristianismo eran comunes á todas las religiones cristianas, y que el cristianismo no reconoce intereses humanos. No hay para qué decir que ambas cartas estaban destinadas al público para librar al elector de toda responsabilidad ante sus súbditos protestantes.

La historia de este casamiento político y de la conversion de la novia al catolicismo constituye un episodio desagradable en la vida del elector palatino, persona tan interesante

y simpática en otros conceptos. Por lo demás, no se cumplió ninguna de las esperanzas políticas que Carlos Luis fundaba en este casamiento, y muy al contrario resultó de él, á lo menos en parte, la desgracia que no tardó en caer sobre el Palatinado. En cuanto á la hija del elector, la duquesa Isabel Carlota de Orleans, no fué tampoco feliz en su matrimonio y despues tuvo que pasar en una sociedad extraña para ella largos años de viudez. En el centro de la civilizacion francesa, que entonces era imitada por las altas clases de toda la Europa, conservó Isabel Carlota durante casi medio siglo su carácter alemán, imponiendo respeto á todas las personas que la rodeaban. Sintióse interiormente sola en medio de la alta posicion que ocupaba, se dedicó con mayor afán á cultivar la correspondencia con sus parientes y amigos de Alemania, escribiendo un número casi infinito de cartas, de las cuales conocemos ahora una gran parte, cartas que además de retratarnos á esta mujer amabilísima, son al mismo tiempo un monumento literario de gran valor (1).

Hemos hablado en lo que precede de las tentativas de union entre luteranos y reformados, las cuales no dieron ningun resultado; pero era muy natural que tambien se hubiese procurado una reconciliacion entre la iglesia católica y el protestantismo. Ya Hugo Grotius en sus últimos años de vida en su *Votum pro pace* y en otros escritos inició esta mision reconciliadora (murió en 1645), y de lo que hemos expuesto se desprende tambien que era favorable á ella la escuela de Helmstadt, como lo fueron seguramente tambien muchos individuos que se habian convertido al catolicismo. Estas tendencias eran ilusiones propias de la época de que tratamos. Entonces apareció tambien un documento, indudablemente apócrifo, en el cual se atribuye al elector de Maguncia Juan Felipe y á su consejero Boyneburg un programa formado en 1660 para la reunion de las iglesias católica y protestante, y se dice que se habian entablado ya negociaciones con la curia romana con este objeto; pero es evidentemente imposible que ninguno de aquellos dos hombres tan eminentes se hubiese lisonjeado de llevar á cabo una obra tan difícil con medios tan poco á propósito como los que propone aquel documento (2). Por otra parte es indudable que esta cuestion fué vivamente discutida en la corte de Maguncia, y tambien es muy natural, en vista de las tendencias religiosas y eclesiásticas moderadas y de las aspiraciones políticas del citado elector, que éste tomara la iniciativa en un asunto tan importante y universal. En marzo de 1661 Boyneburg invitó á Couring á tomar este asunto por cuenta de los dos, y citar á una conferencia en la cual tomaran parte el cabildo de la catedral de Maguncia y los representantes de la universidad de Helmstadt, á fin de conseguir una base, si no de union, por lo menos de aproximacion entre las dos iglesias (3). Con este motivo hubo en los años siguientes muchas deliberaciones que forman el preliminar de los esfuerzos hechos por Leibnitz con este mismo propósito, de los cuales trataremos todavía mas adelante.

Evidentemente estas tentativas ocultaban al propio tiem-

(1) Ranke, en su *Historia de Prusia*, dice que casi el mejor alemán de aquel siglo se escribió en otros países, á saber, por Chemnitz en Suecia y por Isabel Carlota en Francia. No puedo aceptar este juicio sino condicionalmente. Scherer en su *Historia de la literatura alemana*, pág. 498, compara con razon las cartas de Liselotte con las de la madre de Goethe.

(2) Gruber: *Proposiciones políticas para unir la iglesia católica y la evangélica*, en la correspondencia de Leibnitz. Véase tambien Guhrauer: *Escritos alemanes de Leibnitz*, tomo I; *Suplementos*, págs. 3 y siguientes, y las notas posteriores del mismo autor para la biografía de Leibnitz, pág. 58.

(3) Gruber, tomo I, pág. 499.

po ambiciones políticas y eclesiásticas, pero no podrá negarse que también hubo un fondo de deseos sinceros de unión; pues en concepto de los hombres graves y de miras profundas, la paz religiosa y la unión de las respectivas iglesias constituían el anhelo de la época.

Este anhelo, expresado por Leibnitz en este pasaje: *Majus profecto opus est pennas quam arma pacare*, no se realizó.

Había otro camino para llegar á la paz, si no á la exterior, por lo menos á la interior, á la paz del alma. Hacia ya tiempo que se había introducido en la sociedad protestante un elemento que, prescindiendo de partidos religiosos y de escuelas teológicas, buscaba un cristianismo del alma, cuya tendencia era la devoción práctica y mística, indicada espe-

cialmente en los escritos de Juan Arnd: *Cuatro libros del cristianismo verdadero*, impresos en 1605, y en los escritos de Valentin Andreae. Este autor murió en 1654 y Arnd en 1622.

Desde el año 1664 trabajó en favor de este nuevo aspecto de la vida religiosa alemana en Francfort del Mein el alsaciano Felipe Jacobo Spener, y las reuniones privadas y religiosas que organizó desde el año 1670, y que llamó reuniones piadosas, fueron el principio del pietismo alemán, nuevo movimiento religioso, que llegó á ser con sus resultados benéficos y también con sus errores múltiples, un elemento importante en la vida de las generaciones nuevas. Antes de exponer lo relativo al pietismo, es menester tratar otra vez de los destinos políticos generales de la nación.

LIBRO CUARTO

CAPITULO PRIMERO

EL IMPERIO ALEMÁN Y EL PRINCIPIO DEL REINADO DE LUIS XIV

En la historia política de los Estados europeos el año 1659 con la paz de los Pirineos, firmada aquel año, constituye uno de los puntos principales. Esta paz puso fin á la guerra de veinticuatro años entre España y Francia, y confirmó dos hechos: que el antiguo poder universal de los Habsburgos españoles declinaba, y que la Francia borbónica se preparaba á encargarse de la preponderancia sobre los Estados europeos en lugar de la monarquía española.

Durante los siglos XVI y XVII el espantajo de la pretendida monarquía universal hispano-habsburga había tenido atomizados á los pueblos y soberanos de Europa; pero desde aquel año se imponía cada vez más, bajo diferentes formas y circunstancias, la convicción de que al desaparecer este peligro, verdadero ó imaginario, se iba formando una nueva situación mucho más amenazadora por efecto de la preponderancia irresistible de la monarquía francesa.

Grande fué el aumento de poder, importancia y territorio que Mazarino consiguió para su joven soberano con las negociaciones de paz que aumentaron el territorio francés con valiosas fortalezas y territorios del lado de España y de Bélgica. La Francia entonces consiguió ventajas importantes en la Lorena y el Luxemburgo, y obtuvo además el consentimiento de la corona de España para traspasar á su monarca los derechos soberanos de la casa de Habsburgo en Alsacia. Pero el mayor triunfo de Mazarino fué la condición de paz que aseguraba á Luis XIV la mano de la infanta española María Teresa, la hija mayor del rey Felipe IV.

Desde el casamiento de Maximiliano I con María de Borgoña, ningún enlace de soberanos había tenido consecuencias tan graves y complicaciones tan prolongadas como el de Luis XIV con María Teresa.

Este casamiento se hizo en vista de un suceso que empezó á ocupar á la diplomacia europea, á saber: la probable y pronta extinción de los Habsburgos españoles. En el

año 1659 la infanta María Teresa era la heredera presunta de la corona de España, pues que solo vivían entonces ésta y otra hija de Felipe IV; y si bien esta infanta tuvo que renunciar oficial y solemnemente á su derecho al trono al casarse con el rey de Francia, esta renuncia era considerada, tanto por los franceses como por los españoles, como una mera fórmula sin vigor en caso de quedar el trono español vacante. Felipe IV dispuso expresamente que casada María Teresa pasara el derecho al trono á su segunda hija, la infanta Margarita Teresa, y en su testamento confirmó este arreglo para el caso de que muriera sin sucesión masculina; de suerte que cuando se casó la infanta Margarita en 1666 con el emperador Leopoldo I llevó á éste y á su casa como dote la perspectiva muy probable del trono de España. El rey de Francia, sin embargo, casado con la infanta mayor, creyó tener pretensiones más fundadas al mismo trono.

En noviembre de 1661 nació al rey Felipe IV un vástago masculino tardío, que fué después el rey Carlos II. Su nacimiento por lo pronto ofreció la posibilidad de que se sentara en el trono de España un heredero directo de la dinastía legítima, con lo cual hubieron de aplazar la realización de sus esperanzas dinásticas los esposos de las dos infantas casadas. Carlos II nació débil y enfermizo, y dió en los primeros años muy pocas esperanzas de vida, de suerte que nadie hubiera creído entonces que este Carlos llevaría en su débil cabeza la corona de España durante treinta y cinco años.

Aplazadas las esperanzas, se discutieron todavía y entraron en todos los cálculos, y la herencia española fué especialmente para la política francesa el punto de partida de todos los planes desde la paz de los Pirineos hasta la de Utrecht.

Con estas intenciones, que abarcaban el mundo antiguo y el nuevo, pero que por lo pronto solo entraban en el pensamiento y en los planes de los políticos de vasto horizonte, se presentó la Francia de Luis XIV delante del resto de Europa con una plenitud de ventajas naturales y adquiridas sobre todos los demás Estados de aquel tiempo.

La obra de Richelieu, la unidad perfecta política de toda la Francia, estaba concluida; el dueño de la corona de Francia tenía á su disposición todos los ricos recursos de su

país, sin que el poder absoluto é ilimitado de la corona de Francia hubiese sido arrancado á una nación refractaria; porque á pesar de la multitud de contiendas antiguas y modernas, y de las pretensiones de autonomía, los soberanos de Francia encontraron siempre prevaleciendo los sentimientos monárquicos en toda la nación, á la cual Leibnitz llamaba con este motivo *el pueblo cortesano*. Esta tendencia fué más fuerte que nunca en los comienzos del reinado de Luis XIV. Los publicistas y jurisconsultos derivaban el absolutismo de la corona de Francia del derecho romano, y los teólogos, á su cabeza Bossuet, lo derivaban de la Biblia; la nobleza encontraba también ciertas ventajas para sí en la soberanía absoluta del rey, y el tercer estado creyó tener en la corona la mejor protección contra la opresión y explotación feudal y eclesiástica; de suerte que todos los elementos estaban convencidos de que la omnipotencia de la corona era la salvación del país (1).

A todas estas ventajas se agregaba que la Francia estaba tan bien gobernada, que tenía una administración tan perfecta para aquellos tiempos, que los funcionarios todos estaban tan penetrados de las ventajas de la monarquía absoluta que eran completamente adictos al soberano. Por otra parte la dirección política nacional era tan inteligente y previsora, que muy pronto la prosperidad, muy comprometida por la larga guerra, se elevó á su mayor auge, sobre todo desde que Colbert la dirigía.

La Francia tenía desde el siglo XV la tradición de un ejército permanente, y después de los veinticinco años de guerra con España una oficialidad y generales excelentes por su pericia, fama y experiencia en toda la Europa. Louvois, el llamado Colbert de la guerra, no se cansaba de reforzar y perfeccionar el ejército terrestre, como su colega Lionne reforzaba la escuadra elevándola á una altura nunca vista antes; y á todo esto se agregaba una escuela de diplomáticos cuya superioridad y habilidad se hacían sentir en todos los ramos, aunque no siempre en el exacto conocimiento de las cosas. Tan superior era esta escuela que sus prácticas y su idioma se hicieron el modelo de la nueva diplomacia europea. Para coronar todas estas ventajas tenía la Francia una civilización antigua ya y de extraordinaria perfección, que ocupaba el primer puesto en las ciencias; su literatura ofrecía bellezas de forma y de talento, y como aliado poderoso de las demás ventajas extendió sus conquistas sobre toda la Europa independientemente de los ejércitos y diplomáticos franceses, al paso que la lengua francesa se fué haciendo el órgano mediador entre las demás lenguas y naciones europeas. Ocupaba el centro de esta situación el soberano joven, que no se había transformado todavía en el déspota disipado y devoto de sus últimos años, sino que poseído del orgullo de una posición sin rival en el mundo, se dedicó con todo su espíritu, su energía, actividad y constancia á los grandes propósitos á que se sentía destinado; porque estaba convencido de que se esperaban de él grandes cosas y decidido á cumplir estas esperanzas.

Provista de todos estos medios materiales y morales se hallaba la Francia enfrente del imperio alemán, con la impotencia y desorganización incurable que hemos expuesto. Luis XIV no se presentó como contrario del imperio alemán y de la dignidad imperial que se había apropiado la casa de Habsburgo, sino como pretendiente. En la instrucción política que destinó para su hijo dice que el imperio de Occidente, la herencia de Carlomagno, no correspondía por de-

(1) Cuando en 1614 se reunieron los Estados franceses en parlamento general, por la última vez antes de la revolución, pidió el tercer estado «que la autoridad del rey fuera y continuara siendo absoluta sobre todos sus súbditos.»

recho á los alemanes, sino á los reyes que se coronaban en Reims; que el trono imperial electivo é impotente no era sino una degeneración de la institución original y sus poseedores no eran más que los capitanes generales de una república alemana (2); los alemanes, según él, habían echado á perder el imperio, y solo podía regenerarlo un soberano que tuviese el poder del rey de Francia, para devolverle su antiguo destino monárquico verdadero. Luis XIV, rodeado de príncipes alemanes y unido á ellos en virtud de la liga del Rin del año 1658, teniendo las tropas francesas delante de Erfurt y cerca de San Gotardo, y su diplomacia en todas partes hasta en la corte de Viena, se vió en el verdadero terreno que le correspondía. La dependencia de los príncipes alemanes de la corte de Francia, la destrucción de los lazos que les unían al imperio, el aislamiento de los emperadores de la casa de Habsburgo en el país alemán, eran propósitos que naturalmente le ocurrían como consecuencias de las pretensiones francesas sobre la dignidad imperial.

Estas perspectivas lejanas formaban el fondo de la política de la corte de Versalles, y aun se manifestaron al mundo por la imprenta más ó menos oficial. El consejero real Jacobo de Cassau había demostrado ya en tiempo de Richelieu, en un escrito dedicado al cardenal, que la mayor parte de los Estados europeos de entonces, sin excluir la Alemania, eran territorios arrebatados injustamente á la corona de Francia (3). En los primeros años del reinado personal de Luis XIV expuso esta misma idea el abogado del parlamento de Paris, Aubery, aplicándola especialmente al imperio alemán, diciendo que los alemanes y franceses debían considerarse un mismo pueblo, como lo habían sido bajo las dinastías de los carolingios y merovingios; que el heredero legítimo de los reyes francos había sido Hugo Capeto; que á los sucesores suyos correspondían el imperio y la corona imperial, que habían sido infucuaemente detentados por sus poseedores actuales; que el verdadero soberano en el orden primitivo del mundo político no era el emperador, sino el rey de Francia, y que si se había devuelto á éste la Alsacia en la paz de Westfalia, esta adquisición no constituía una nueva conquista del rey de Francia, sino la reivindicación de una parte mínima de las pretensiones legítimas que tenía sobre toda la Alemania (4).

Combinando estas ideas con los proyectos relativos á la herencia española, se comprende que las intenciones de extender el dominio francés eran una amenaza continua para la distribución política de Europa y que la situación más difícil correspondía á Alemania, porque si la fuerza unida de las dos ramas de la casa de Habsburgo cesaba de ser peligrosa para la libertad de Europa, no por esto dejaba de sostener la casa alemana de Habsburgo sus pretensiones en el imperio. La autonomía de los miembros del imperio alemán se hallaba bajo la doble presión de la política de los emperadores Habsburgos y de las pretensiones francesas, que si por un lado prometían protección, por otro exigían sumisión. Faltaba saber cuál de los dos peligros era mayor, pero ninguno de los interesados en Alemania encontraban una respuesta sencilla á esta pregunta. Cada uno la contestaba según el impulso de las circunstancias, y como todos aducían en favor

(2) *Obras de Luis XIV*, tomo I, pág. 74.

(3) Véase la obra de Cassau: *Investigación de los derechos del rey y de la corona de Francia*, etc., Paris, 1632.

(4) Aubery: *De las pretensiones justas del rey sobre el imperio*, Paris, 1667. Este escrito fué considerado en Francia como un manifiesto de la política personal del rey; pero el ministro Lionne lo encontró inoportuno en vista de la agitación que había producido en Alemania, y para dar satisfacción á Europa encerró al autor por algún tiempo en la Bastilla.